

~~Caja 245-05-8877~~  
Caja 278-m-8602

partida de la Rosa Blanca



*Copia 378. n. 8602*

*Leg. 1149.*

# DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL ESCELENTISIMO SEÑOR

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

PRESIDENTE DEL ATENEO CIENTIFICO Y LITERARIO DE ESTA CORTE,

EN LA APERTURA

DE LAS CÁTEDRAS DE ESTA CORPORACION, EL SÁBADO 12 DE ENERO DE 1856.



MADRID.

Imprenta de A. Andrés Babi, calle de Cervantes, número 58, cuarto entresuelo.

1856.



## *Señores:*

Con no menos satisfaccion que otras veces, os dirijo la palabra en este acto solemne; pues en mí no se entibia la aficion á las letras ni mi profundo reconocimiento á una corporacion que tantas muestras de benevolencia me tiene dispensadas.

Ni parecerá fuera de propósito que, al abrirse de nuevo las cátedras de este instituto, dedicado á la pública enseñanza, indique las ventajas que ofrece la propagacion de conocimientos útiles; ya que no falta quien atribuya á la ilustracion los males que aquejan á las naciones en la edad presente, y los peligros, tal vez mayores, que se divisan en un horizonte mas ó menos cercano.

Desde luego salta á la vista que, aun cuando apenas va promediado el siglo, presenta ya un carácter propio, peculiar, distinto del que inmediatamente le ha precedido... ¿Qué mas? Al presente, apenas se conciben los planes de dominacion universal, que intentó llevar á cabo Napoleon á principios de esta centuria; y con tanta celeridad vuela el tiempo, que cuando volvió á ocupar el trono en la primavera de 1815, ya era muy distinto el aspecto de la Francia y el de la Euro-

pa, comparados con el que presentaban un año antes ; y aquel hombre extraordinario se encontró fuera de su elemento.

En nuestra edad no serían posibles las guerras de religion , que en el siglo XVI encendieron discordias civiles y promovieron encarnizadas luchas entre varias naciones ; el espíritu de tolerancia , difundiendo por todas partes su saludable influjo , ha apagado las hogueras de la persecucion.

Tampoco son tan de temer como en otras épocas las guerras suscitadas por intereses mercantiles, exclusivos y mal entendidos. Las naciones , no menos que los gobiernos , han comprendido cuánto mas ventajosa es la emulacion y concurrencia , que no ceder al impetu de una enemistad ciega y destructora.

El *sistema colonial* se ha modificado grandemente bajo todos conceptos , además del cambio radical que han producido en las relaciones del antiguo y del Nuevo Mundo los nuevos Estados (y alguno de ellos gigante desde la cuna) que han nacido en aquel hemisferio.

Hasta la Inglaterra misma , tan apegada á su antigua política , ha renunciado á los principios económicos en que habia creído cimentados su poder y grandeza. En nuestros dias la hemos visto destruir con sus propias manos la famosa *acta de navegacion* , legado de Cromwell , cual si en ella le dejase vinculado el cetro de los mares.

Aun ha dado otros pasos en la misma senda. Lo que no pudo conseguirse , á fines del siglo pasado , á pesar del impulso de la gran Catalina , ayudada por algunas naciones marítimas , y entre ellas España ; lo que vanamente intentaron la Francia y los Estados-Unidos en época mas cercana ; lo que siquiera se atrevió á mencionar el Congreso de Viena , compuesto de los representantes de las principales potencias de Europa , temiendo arrugar el ceño del gobierno de la Gran Bretaña , lo ha hecho este de buen grado , ó por lo menos , cediendo hábilmente al imperio de las circunstancias.

Los principios de *neutralidad armada* acaban de ser reconocidos

como vigentes en la guerra actual; y es de esperar que, despues de confirmarse por la práctica, queden reconocidos solemnemente como cánones inviolables en el código de las naciones.

A la par se ha abolido el *corso*, tan nocivo al tráfico y comercio, y que extendia por todo el ámbito de los mares los estragos y calamidades de la guerra.

Para ver lo que se ha adelantado en la misma senda, no hay mas que recordar lo que aconteció, á principios de este siglo, al declarar Bonaparte la guerra á la Gran Bretaña. Se arrestó á los súbditos ingleses, que andaban viajando por el continente, á la sombra de la paz; y á las *órdenes del Consejo*, fulminadas por el gabinete de San James, contestó su terrible adversario con los *decretos de Berlín y de Milan*; mandando confiscar las mercaderías inglesas y quemarlas en las plazas públicas, para aventar hasta sus cenizas.

Semejantes actos llevan tal sello de barbárie, que parecen propios de otro siglo; y sin embargo, son de nuestros días, de ayer. Como para borrar su memoria, Lóndres levanta por encanto el *Palacio de Cristal*, convidando al concurso á todas las naciones; y Francia, como digna rival, recoge el guante, y levanta á su vez el *Palacio de la Industria*, para promover, por medio de una noble emulacion, los adelantos y mejoras en todos los ramos útiles al hombre.

Aproximándose unos á otros, viajando, por decirlo así, pueblos enteros con mas facilidad que pudieran hacerlo, en otros tiempos, pesadas caravanas, se desvanecen mil preocupaciones; con el trato se conocen mejor los hombres, se aprecian recíprocamente; y se estrechan las relaciones de comun interés, que son el vínculo mas poderoso.

Yo no sé si me engaño; pero estoy íntimamente convencido de que esta tendencia general de los pueblos, sus relaciones íntimas y frecuentes, los intereses que se cruzan, alarmándose al menor amago de guerra ó de graves trastornos, son un elemento de conservacion

y de paz, cuyo influjo debe tomarse grandemente en cuenta, al calcular los bienes y los males que ha producido el estado actual de los pueblos civilizados.

No me parece dable que vuelva á amenazar la independenciam de Europa un Carlos V, un Luis XIV, un Napoleon; ni que se reproduzca una *guerra de treinta años*, como la que terminó con el célebre tratado de Westphalia, ni aun igual en duracion y estragos á las que, á principios de este siglo, inundaron en sangre el continente. A tal punto se han trocado los tiempos, que hasta el mismo sucesor de Napoleon, al asentarse en el trono de Francia, ha tenido que decir, para tranquilizar á su propia nacion y á las extrañas: *el imperio es la paz*.

Aun en el dia de hoy, en que está encendida la guerra en los confines de la Europa y del Asia, se descubren ciertos rasgos característicos, propios del tiempo en que vivimos. Por ambas partes se procura con desusado empeño descargar el peso de la responsabilidad moral, á que da ocasion semejante contienda. Nunca jamás se ha reconocido á tal punto la necesidad de obtener un fallo favorable ante el tribunal de la opinion pública. Inglaterra y Francia se presentan ante él como desnudas de toda mira ambiciosa, sustentadoras de los tratados, defensoras del *derecho* contra los atentados de la *fuerza*; y hasta la potencia misma que ha repetido con un vecino débil la conocida fábula de *el lobo y el cordero*, apura los recursos de su hábil diplomacia, para no aparecer como agresora.

Tan poderosa se muestra la tendencia á la paz, que se hace sentir en medio del estruendo de las armas, y aun puede decirse que ahoga, hasta cierto punto, los cánticos de la victoria; y eso en una nacion tan belicosa como la Francia, y en una potencia como la Gran Bretaña, que además de los intereses comunes, comprometidos en la lucha, divisa peligros para su propia dominacion allá en apartadas regiones.

Tambien es digno de notar, como un fenómeno importante, el solícito cuidado con que se procura impedir que las chispas del fuego de la

guerra salten y prendan en alguna mina revolucionaria: el espectro de 1848, aunque vencido y soterrado, aun infunde espanto á los gobiernos.

Mas no poco se engañarian los que creyesen que, por temor á aquellos sucesos, que tan honda huella dejaron en el ánimo de las naciones, hayan abandonado estas el camino de adelantamiento y mejoras, de que las desvió por desgracia aquel gravísimo trastorno.

En el estado en que se hallan los pueblos, no es posible aislarlos, como lo hizo en el Paraguay el doctor Francia, ni impedir que sigan la corriente del siglo: la nacion que se obstinase en permanecer estacionaria, en medio del movimiento universal, lejos de ofrecer el halagüeño cuadro de una sociedad próspera y morigerada, presentaria unidos miserablemente los vicios propios de los pueblos cultos y el rudo aspecto de la barbarie.

En medio de todas sus vicisitudes, á nuestro siglo le ha cabido no escasa gloria, aun comparándole con otros, y de los mas privilegiados. No ha visto aparecer de repente la América, saliendo al encuentro á Colon, cuando iba en busca de las Indias; pero ha descubierto otra parte del mundo, apenas sospechada por nuestros padres. No ha hallado nueva senda al Oriente, como en otro tiempo Vasco de Gama; pero vuelve modestamente á la antigua via, mas breve, mas segura; pudiendo prescindir del auxilio de los vientos, y sin tener que desafiar al proceloso Cabo. Quizá esté muy cercano el dia en que se abrevie todavia ese camino; uniéndose por el istmo de Suez el Mediterráneo y el mar Rojo, como ya lo están el Atlántico y el Pacífico, puestas en íntimo contacto las opuestas riberas del Nuevo Continente.

Al ver los progresos que han hecho las naciones en el término de pocos años, asómbrase la imaginacion; y no es dado concebir á dónde llegarán los adelantos del hombre, si continúa con la misma ventura. Apenas hace un siglo, veíase reducida la electricidad á las experiencias de uno ú otro físico, encerrado en su gabinete: de repen-

te Franklin sale al aire libre, arranca el rayo de las nubes, y le dicta el camino; mas hasta nuestros dias no se han descubierto los inmensos tesoros que encierra ese agente poderoso de la naturaleza.

Emula y rival del vapor, vemos á la electricidad competir con él y sacarle ventaja en muchos usos, á cual mas importante; y si todavía, tanteando sus fuerzas, no se atreve á reemplazarle para mover los pesados trenes, le acompaña como fiel amiga, le advierte los peligros, y pone á salvo la vida de los hombres, en pró de la humanidad... y con no escasa gloria de un hijo de España!

Aun cuando no contase nuestro siglo mas títulos de merecimiento que el haber descubierto la aplicacion de la electricidad á los telégrafos, bastaria para darle eterna fama. ¿Ni qué invencion mas portentosa que comunicarse los pensamientos con la celeridad de la luz; abarcando en breves instantes el ámbito del mundo?... A vista de tales prodigios no es extraño que se envanezca el hombre.

Aun cuando se conociese y se apreciase la fuerza del vapor, apremiado en estrecho recinto, se estaba tan lejos de sospechar los usos á que podria aplicarse como fuerza motriz; que es público y notorio que el mayor genio de este siglo oyó con escasa fé; ó miró con dedeñosa indiferencia, el anuncio de la aplicacion del vapor á la navegacion de los mares; y eso que tenia clavada la vista en el breve Estrecho, que separaba á la Francia de las Islas Británicas, sirviéndoles de foso y defensa.

Empero ha bastado el trascurso de pocos años para que cambie, como por ensalmo, el aspecto del mundo. El vapor se enseñorea de la tierra y del mar; acorta las distancias, allana montes, borra las fronteras, y abre un campo sin límites á la civilizacion y cultura de las naciones.

Sus aplicaciones á los varios ramos de industria se multiplican cada dia con celeridad suma; y cuando se ha creido llegar al término arhe-lado, se descubre otro nuevo horizonte; como sucede al viajero que va trepando, una tras otra, por las altas cumbres de los Alpes.

Mas estos mismos adelantos, incesantes, continuos, no pueden me-

nos de producir una perturbacion, mas ó menos sensible, en las sociedades modernas, tales como al presente se hallan constituidas. En los pueblos de la antigüedad, y especialmente en las repúblicas mas libres, las artes y oficios estaban encomendados á manos esclavas; y aun así, es de notar cómo en aquellas naciones se descubria un gérmen de trastorno en la *clase proletaria*, cuyo peligroso influjo se trataba de neutralizar por varios arbitrios, mas ó menos eficaces.

En la *edad media*, gracias al concurso de diversas causas, y sobre todo, por el benéfico influjo del Cristianismo, se fué trasformando lentamente la antigua sociedad: á los *esclavos* sucedieron los *siervos*; y encadenados estos al suelo, cultivaban las tierras, alimentando con el sudor de su frente la opulencia y fausto de sus señores.

En aquellos rudos tiempos apenas existia la industria y el comercio: las necesidades del hombre eran pocas, fáciles de satisfacer; siendo casi completo el aislamiento de las clases, de los pueblos, de las naciones.

Cuando en época posterior logró salir la Europa del estado de barbarie en que yacia, las artes y el comercio principiaron á dar señales de vida, especialmente en algunos Estados favorecidos por su aventajada posicion y otras circunstancias, como aconteció á las repúblicas de Italia; y al compás mismo que iban adelantando aquellos pueblos, reclamaban fueros y franquicias, indispensables al desarrollo de su futura prosperidad.

Tambien es de notar cómo, para proteger á la naciente industria, en todas partes se estimó oportuno crear corporaciones ó gremios, bajo una ú otra forma; lo cual indica suficientemente la necesidad que de ello habia.

Mas la mera existencia de tales corporaciones supone una organizacion, acomodada á su objeto, así como cierto orden y regularidad entre los varios miembros que la componian; arraigando en su ánimo hábitos saludables de subordinacion y disciplina.

Mas todo ha cambiado al presente. A las embarazosas trabas de los antiguos reglamentos ha sucedido una libertad absoluta, á la par que el repentino vuelo que han tomado casi todos los ramos de industria por la aplicacion del vapor y el afan con que este se apodera de las máquinas, sustituyendo con inmensas ventajas las fuerzas limitadas del hombre, han de dejar necesariamente ociosos millares de brazos. De donde ha resultado, por otra consecuencia precisa, que se han sentido, mas ó menos en todas las naciones, los inconvenientes y peligros que se advertian en otros tiempos, quando se descubria una nueva máquina en alguna comarca manufacturera.

Esta nueva causa de perturbacion, agregada á las anteriores, no ha podido menos de excitar grandemente la atencion de los gobiernos y las meditaciones de los estadistas; siendo tal vez el problema de mas difícil resolucion que puede ofrecerse á este siglo. Es como una pesadilla, que le oprime el corazon y le perturba el sueño en medio de su prosperidad.

No cumple á mí propósito (ni alcanzarían á tanto mis fuerzas) indicar siquiera los medios mas oportunos para alcanzar un objeto tan importante, como que de él pende quizá la quietud y bienestar de las naciones.

El hecho es (y todos los síntomas lo anuncian de consuno) que las revoluciones que, en otros tiempos y hasta fines del siglo pasado, ofrecían tan solo un *carácter político*, ofrecen al presente un *carácter social*, mas grave y peligroso; cual suele acontecer, cuando abundan en la atmósfera miasmas pestilentes, que hasta las enfermedades comunes se resienten del maléfico influjo.

Mientras el poderío de los monarcas se mostraba absoluto; cuando subsistían privilegios gravosos, que dividían á unas y á otras clases, el ariete de la revolucion se encaminaba á echar abajo antiguos baluartes, socavados ya por el tiempo. La célebre noche del 4 de agosto en la Asamblea Constituyente ofrece, como en compendio, el fiel retrato de las revoluciones de aquella época.

Mas una vez templada la autoridad de los príncipes, y aproximándose mas y mas cada dia las diversas clases del Estado, la revolucion ha tenido que buscar otro campo; ha cambiado de enemigos, y emplea nuevas armas. Ha declarado la guerra á las *clases medias*, como antes lo habia hecho á las *clases privilegiadas*; y no pudiendo alcanzar de otra manera el triunfo sobre sus numerosos adversarios, apoderados del terreno, mina el cimiento mismo de la sociedad civil, que es *la propiedad*.

A si no es maravilla que, por el instinto mismo de la propia conservación, la sociedad amenazada vuelva en sí, y se apreste á defenderse con todas sus fuerzas: no se trata del interés de los gobiernos ni del triunfo de uno ú otro partido; la cuestion es mil veces mas grave: se trata de *existir ó de no existir*.

Mas en vano serian los conatos de los legisladores, inútiles las mas sábias instituciones, si á la par no se echa mano de los medios morales; únicos capaces de neutralizar los perniciosos efectos de la causa que hemos indicado. La accion de las leyes es de suyo limitada; y el código mas severo aparece impotente, si se opone cual única barrera para contener las pasiones de la muchedumbre, aguijadas á un tiempo por tantos y tan poderosos estímulos, y por tan débiles frenos contenidas.

Aun sube de todo punto el peligro, si en vez de dar al pueblo una educacion moral y religiosa, acomodada á su condicion, que le inspire, juntamente con el amor al trabajo, las modestas virtudes propias de su estado, se inficiona su ánimo con las doctrinas mas perniciosas. Ni hay que desatenderlas, porque parezcan de leve monta y no se perciban al pronto sus estragos: son como los gusanos roedores, que si con tiempo no se acude, acaban por destruir el bajel mas soberbio.

Cuando se consiente que cundan en el pueblo semejantes doctrinas, no hay que extrañar despues si él saca las consecuencias naturales; si mira á las *clases acomodadas* como detentadoras de sus bie-

nes, á la autoridad mas legítima como una usurpacion, á la *propiedad* como un *robo*.

Lo mas singular es que los que imbuyen al pueblo semejantes doctrinas, erigiéndose en sus maestros y patronos, le causan (tal vez sin conocerlo ellos mismos) un daño de difícil reparacion. Tal es presentar á su vista una perspectiva seductora, á que nunca puede llegar; agravando de esta suerte sus padecimientos, y alimentando sus aviesas pasiones, en vez de unir á todas las clases con los vínculos de recíproca benevolencia, indispensables para la comun felicidad.

Nada pudiera contribuir tan poderosamente á conseguir este supremo bien, como el *sentimiento religioso*; pues que ninguno le iguala en eficacia para penetrar hasta lo íntimo del corazon humano, cortando en su misma raiz el principio del mal. El solo, mas que todas las teorías de los pretendidos reformadores, puede infundir á las clases elevadas los piadosos sentimientos que comprende, como en un símbolo sagrado, la *caridad cristiana*; la cual por tan ingeniosos medios acude á remediar los padecimientos de las clases menesterosas, al paso que inspira á estas una resignacion saludable.

Sana instruccion y buenos ejemplos há menester el pueblo, en vez de falsos sistemas y teorías impracticables, que principian por ofuscar su entendimiento, y acaban por pervertir su voluntad. Empero, el mejor antidoto contra tan grave riesgo, no es seguramente la ignorancia, desatentada y ciega, sino la ilustracion, que difundiéndose por todas las clases del Estado, extienda su benéfica influencia hasta el fondo mismo de la sociedad.

A este fin importantísimo bajo todos conceptos vais á concurrir vosotros, ilustrados Profesores, que sin mas estímulo ni recompensa que el deseo de propagar los conocimientos útiles, tomáis á vuestro cargo instruir á la juventud aplicada, que acude á este recinto, ansiosa de saber.

Allanad á vuestros alumnos la escabrosa senda; encaminad sus

pasos ; servidles de lumbrera y de guía; mostradles los tesoros que han ido amontonando en su lento paso los siglos , y separad el oro purísimo de la verdad y la escoria de los errores. Con los escarmientos de lo pasado , ofrecedles lecciones para lo presente , advertencias para lo venidero. Desplegad á su vista el magnífico cuadro de las ciencias, enlazadas con estrechos vínculos , hermanas ; no enemigas de la religion , ni olvidadas de su divino origen , sino alzando los ojos al cielo, para recibir su inspiracion y derramar beneficios sobre la tierra..... Y si (lo que no es de creer) al ejercer tan noble magisterio , sintiéseis alguna vez flaquear vuestra constancia , una sola reflexion bastará para que cobreis nuevo aliento: los padres de familia os bendicen desde sus hogares , y la patria reconocida aguarda el fruto de vuestros desvelos.

